

PARALELO

ENTRE WASHINGTON Y MIRABEAU.

La América no tenía recuerdos que embarazasen la nueva marcha de las cosas, ni conquistas que hubiesen sobrepuesto gente á gente, ni pretensiones dinásticas, ni odios de clases, ni ambiciones de mandar, ni apenas sentía la opresión; por manera que solo una cuestión de soberanía fué la verdadera causa de la revolución. El parlamento inglés tenía la pretensión de poder imponer contribuciones hasta en las colonias; mientras que estas le negaban este derecho, fundándose en que no estaban representadas en el parlamento, y por consiguiente no podía este disponer de los bienes de otro, y solo sí las asambleas coloniales.

Los Estados Unidos (dice Guizot) entraron en la lucha bajo la bandera de la justicia y del derecho. Su revolución fué en un principio un acto de defensa; pues reclamaban garantías escritas en su carta ó Constitución y en las actas del parlamento inglés, que las había él mismo reclamado y hecho triunfar en la madre patria, empleando la violencia y el desorden, mucho mas que lo que podía causar su resistencia. Grande por cierto y peligrosa era la empresa de conquistar la independencia; pues había que hacer la guerra á un enemigo poderoso, y sustituir un gobierno central á uno lejano, del que querían separarse. Pero no había que hacer una revolución en sus instituciones legales; porque siendo ya libremente gobernada cada colonia en sus asuntos interiores, al constituirse en un Estado, tenía pocos cambios que hacer en las máximas y organización de los poderes públicos; no había que destruir añejas instituciones y órdenes sociales detestadas; antes por el contrario, aquella gente era adicta á las leyes y costumbres antiguas; tenían un afectuoso respeto hacia lo pasado, por lo que aquel régimen colonial bajo una monarquía lejana, trasformábase simplemente en republicano, con el vínculo de un gobierno federal.

Á la verdad no se encontraba dificultad para que las colonias inglesas se constituyesen en república de los Estados Unidos; porque como eran republicanas en el corazón, no hicieron en

ello mas que dar cumplimiento al deseo nacional, desarrollando, mas bien que aboliendo, su gobierno anterior.

Ni tampoco puede decirse siquiera que se trastornase en el fondo el orden social; pues no hubo lucha entre las diversas clases, ni necesidad de remover violentas influencias. La corona de Inglaterra tenía sin duda alguna partidarios en las colonias, pero el mismo espíritu y el mismo intento dominaban en todas las clases de la sociedad, y las familias de mayor riqueza, asiento y consideración eran las mas decididas en obtener la independencia y fundar un nuevo gobierno.

Las ideas filosóficas del siglo XVIII, con su escepticismo moral y con su incredulidad religiosa, habían penetrado y circulaban, pero allí no exaltaban los espíritus con sus exageradas consecuencias radicales. La gravedad moral y el buen sentido práctico de los viejos puritanos habían echado raíces en la mayor parte de los Americanos. Si había admiradores de los filósofos franceses, el grueso de la población permanecía siendo cristiana, adicta á sus dogmas como á sus libertades, sometida á Dios y al Evangelio, mientras que por otra parte se insurreccionaba contra el rey y el parlamento inglés, dirigida en su sublevación por aquella misma fe que había llevado allí á sus padres para echar los cimientos del nuevo Estado que se levantaba. Las ideas y las pasiones que, en nombre de la democracia, se advierten en la sociedad de muchos tiempos, fermentaban en los Estados Unidos con todos sus errores contagiosos, y con sus vicios disolventes; pero fueron contenidas eficazmente por la fe cristiana, por las excelentes tradiciones políticas, y por los fuertes hábitos de igualdad. Si los principios anárquicos se difundían audazmente en aquel vasto territorio, los principios de orden y de conservación subsistían también sólidos y enérgicos en aquella sociedad en general, y hasta en el mismo partido que se llamaba democrático por excelencia.

Todo lo contrario sucedía en Francia. Una

serie secular de actos y de hechos había concentrado un poder casi omnímoto en el rey, y de aquí los odios, porque siempre se cercenaba y disminuía la libertad individual para aumentar el poder de la corona. La feudalidad subsistía aun, pero la Monarquía habíale quitado todo poder, por manera que era sumamente gravosa al pueblo, y en vez de encontrarse á la cabeza de la nación, estaba separada de ella. Este era el gran mal, mayor aun que el absolutismo. Los privilegiados no tardaron en reconocerlo, y así es que renunciaron á sus privilegios en la famosa nota de 4 de agosto; pero aspiraban á la libertad política, ya que no á la igualdad, que á su vez era el intento del estado medio, y que produjo el sacudimiento que degeneró en furor.

¿Quiénes eran los que los habían educado? Filósofos que cogían la pluma en la mano, sin ocuparse de las buenas obras; era Voltaire que había proclamado en sus escritos el goce individual; era Rousseau que reconocía un orden eterno de justicia, pero haciendo la expresión de ella la sola voluntad popular, árbitra hasta de la moral.

Rousseau había dicho á los Franceses: « El hierro y el trigo son los que han civilizado á los hombres, y arruinado el género humano. » Los Americanos trabajaban y se obstinaban mientras tanto en convertir en fértiles campiñas los bosques vírgenes y un inmenso territorio.

Rousseau se pierde en injectivas porque el hombre nació libre, y á pesar de eso en todas partes está en cadenas: los Americanos aseguran que es libre, y como tal le quieren restituir ó conservar.

La razón ebria de libros gritaba al hombre: « Tú serás igual á Dios; y olvidada la fe, creíase suplir á esta con el amor de los hombres en ostentación. Filantropía era la palabra de orden en los labios mielosos de discípulos llenos de ingenio, y mientras tanto los maestros hacían de ella una máquina de guerra para derrocar las instituciones antiguas, á título de elevar el pueblo. Y en efecto, á nombre de ella, poco tardó la ley en adjudicar al dominio nacional los bienes de los hospitales y de las sociedades de beneficencia, riquezas reunidas y aumentadas por la piedad de los siglos, las cuales creían mas en Dios que en los libros.

La libertad solo puede establecerse basándola en las costumbres, pero en Francia querían hacerla griega y romana, con sus Brutos y sus Aspacias, y gentilica en sus principios y en sus actos: los Americanos querían ser Americanos, como Franklin, como Lee, como Washington.

En Francia se divagaba, se hacía la corte al contrato social, á la mancomunidad mundanal, y á las fastuosas doctrinas enciclopédicas. Literatura y ciencia hablaban de naturaleza, revocabanla luego, y con Saint-Pierre y Raynal ibanse á buscar modelos en América; mientras que los Americanos, gente de sentido comun y

positiva, aceptaban, desarrollaban y reparaban la sociedad con sus vicios y virtudes inherentes.

En Francia renegábase la idea del progreso, puesto que se suponía al hombre perfecto en el estado de naturaleza, y gastado y corrompido por la sociedad; por lo que era necesario volver atras, y deshacer lo que la astucia de los nobles y del clero había introducido: los Americanos aceptaban el progreso y la trasformación continua. En realidad la misma historia desmiente el soberbio desprecio de lo pasado, haciéndonos ver que toda institución de un tiempo dado tiene ó tenía su razón de ser, y que no son las verdades fundamentales las que cambian, ni tampoco su aplicación, sino mas bien el modo de la aplicación en circunstancias y condiciones mudables.

En Francia atacaban las instituciones; en América los abusos de las instituciones. En Francia querían renovarlo todo desde los cimientos; en América se cambió muy poca cosa. Mas bien puede decirse que todo existía ya; y bastó quitar de en medio la supremacía inglesa, como si se hubiesen contentado en 1859 de quitar los Austriacos de los hombros de Italia. En Francia la Revolución fué una guerra terrible, en América un sacudimiento. Este salió bien merced al desinterés y al patriotismo de sus hombres de Estado. Aquella salió mal por la ambición, la ignorancia, la injusticia de los suyos, y por los delitos cometidos que hicieron echar de ménos y desear el antiguo estado de cosas.

El pueblo francés fué retratado por Beaumarchais en aquella sátira en diálogo que se llamó el Figaro: hablador, ligero, enamorado, intrigante, tipo de las cualidades populares que agradaban entonces; con su navaja de afeitar en la mano, y con sus chistes se apodera del bolsillo de Almaviva, embelesa á Don Bartolo, despidió á Don Basilio, y así hace reír á María Antonieta y á la corte. Pero bien pronto aquella navaja de afeitar se transforma en cuchilla de guillotina para cortar toda cabeza que sobrepasa las demas, principiando por Almaviva y Don Basilio, luego por el rey, y en breve tiempo de silogismo en silogismo, van perdiendo su cabeza todo hombre de talento, todo inventor, todo hombre de valía, todo hombre emprendedor y de valor; en una palabra, todo aquel que se eleva un poco sobre una democrática medianía. La audacia, que es el vicio de la servidumbre, ocupaba el puesto del valor de sus amos y superiores.

Los Americanos no procedieron por medio de ideas abstractas, sino que pedían derechos positivos, fundados en títulos positivos también; no querían ni mas ni ménos que una libertad constitucional, y con esta fueron y se elevaron hasta la república.

En América no se suscitó la cuestión religiosa; mientras que el error fundamental de la Francia fué el de gastar la revolución política

abusando de la revolucion religiosa. Las personas honradas y sensatas la hubieran secundado, así como en Italia aplaudieron los esfuerzos hechos en favor de la independencia nacional y la libertad civil (1); pero como se trató de trastornarlo todo así en la sociedad como en la Iglesia, esto disgustó á los que no se preciaban de filósofos ó destructores; pesando despues sobre las generaciones sucesivas el cúmulo de ignorancia, de delitos y de miserias que se prepararon entónces.

En Francia, el pueblo hallábase rebajado en razon á las costumbres y á la vulgaridad de las creencias. Los hombres, por su falta de experiencia y de urbanidad, no estaban preparados para hacer frente al huracan; pero en cambio estaban llenos de confianza en sí mismos, sobrábales la temeridad para echar por tierra el antiguo orden de cosas, la indulgencia para con la insubordinacion, y la impunidad en el delito. Cuando el estanque está lleno, basta una rana para producir la inundacion.

La declaracion de los derechos de los Americanos es la asercion de las ideas y de las libertades que poseían de tiempo antiguo; la de los Franceses es una protesta iracunda contra lo pasado. Verdad es que desde el principio pareció que solo se queria recuperar las antiguas libertades; la generalidad de los nobles de Paris acuñó una medalla al rey con la divisa REGI ET LEGI; en la circular de la comision á los diputados se decia con franqueza, que no se separaba el amor á la libertad del respeto al orden de cosas existentes; querian ser libres bajo el rey, mientras que la Asamblea daba á Luis XVI el título, no de creador, sino de *restaurador* de la libertad francesa; pero no tardaron en lanzarse en el torbellino de las innovaciones radicales.

Los reyes, estrechados por las circunstancias, se echaron en brazos del pueblo; los representantes por su parte, como todos los poderes egoístas, creyeron alcanzar bastante con ganar tiempo, y despues de inmensos padecimientos, la libertad se encontró consignada en la constitucion, con dos cámaras, con el derecho electoral, mas ó menos extendidos, y con la libertad de la prensa, pero concentrados los poderes; por manera que la educacion y la admistracion quedaban en manos del gobierno.

Antes que fuesen exaltados los derechos, hasta olvidar los deberes, segun la idea cristiana, conservábase la soberanía, no arriba, ni abajo, sino la propia de cada uno, porque cada uno es responsable de sus acciones; individuo, familia, pueblo, ciudad, tribu, provincia, nacion, cada uno es soberano en su propia esfera; de modo que el jefe del Estado no hace mas que representar y personificar la unidad

(1) En las circulares de la comision del clero frances á sus diputados, están expresados las necesidades y los mismos sentimientos y deseos que en los demas órdenes ó clases del Estado. Es muy reciente la defensa de las ideas de 1789 hecha por un prelado en el Senado frances.

y la conciliacion de las várias soberanías en una sola, reuniéndolas, pero sin absorberlas ni disminuir ninguna de ellas.

Proclamados que fueron los *grandes principios*, la Convencion fué la consecuencia, y tambien la tiranía mayor que recuerda la historia.

Parece, sin embargo, que las cien guillotinas puestas en actividad en Francia no han bastado á que fructifiquen aquellos principios de 1789; puesto que, pocos años despues, el Instituto sacaba á concurso, por decirlo así, la base de ellos, dándose el premio á M. Destut de Tracy, quien sostuvo que « el mejor medio de fundar » la moral de un pueblo era el de sistematizar » la gendameria. »

Ni tampoco dan respuesta mas satisfactoria hoy en el dia los pregoneros del nuevo derecho y de la moral libre. Ciertamente en las teorías de 1789 está consignada la idea del respeto al hombre como tal, de la dignidad del ciudadano, de la inviolabilidad personal, de la libertad en el ejercicio de los derechos religiosos y políticos, y en todo aquello que es legitimo y natural; pero el verdadero progreso no consiste en proclamar derechos, sino en garantizarlos contra los excesos del poder. Pues bien, esto nunca supo hacerlo la Francia, y lo supo mucho ménos cuando « la plebe ciudadana » se lanzó en robos, en incendios, en degüellos; cuando instrumento de la sanguinaria Convencion vino á parar en la guillotina; cuando los vencedores de los terroristas enviaron á Cayena diputados y publicistas; cuando el Imperio decretó el silencio de los cuerpos legislativos, cerrando en su férrea mano el cerebro y el corazon de la Francia. Subsistía la igualdad; pero esta en ninguna parte se comprende mejor que en Turquía, significando el aniquilamiento de todos bajo el pié de un déspota, que no sabe insinuar la suave bondad, sino reprimir y condenar á la ciega obediencia por medio de la fuerza.

La igualdad aumentó desmesuradamente el número de los envidiosos, y aquellos celos que envenenan nuestros sufrimientos con el insupportable peso de la felicidad de los demas. Por miedo á privilegios y á monopolios, destruyéronse todas las corporaciones, colocándose así el hombre aislado y sin proteccion enfrente del Estado, es decir, un poco de barro en la mano de un gigante.

Y así como pueden juzgarse los hombres por sus hijos, así se juzgan las instituciones por sus efectos, y vemos en América la libertad de votar, amplitud completa en las discusiones políticas, participacion real y seria en los asuntos del Estado, y en una palabra, una nacion de acuerdo con su gobierno. En Europa las teorías de 1789 extinguieron la libertad individual, la de la familia, la de la Iglesia y de la sociedad, para concentrarlo todo en un ente metafísico llamado el Estado, representado ó por un emperador absoluto, ó por parlamentos, que solo dejan al pueblo la facultad de elegirlos cada

cinco ó seis años, obediéndolos en todo durante aquel período. La centralizacion, principiada algo antes, pero teorizada en 1789, y derramada por la Francia en toda la Europa, produjo una inmensa cabeza sobre un cuerpo flaco y endeble, y una obediencia universal á un ente abstracto, que arrebató toda iniciativa á las provincias, á las ciudades y á las corporaciones. En los Estados Unidos se ve por el contrario la soberanía individual, de la municipalidad, de la ciudad y del Estado particular formando base con la soberanía del pueblo y la libertad política: todo camina como en estas naves modernas que llevan en sí mismas la fuerza de dirigirse y de arrostrar las tormentas.

Igual independencia, con mayor ó menor dosis, sobrevive en la Suiza, en Bélgica, en Holanda, y principalmente en Inglaterra; y mientras que en España se defiende difícilmente de la invasion de las nuevas ideas, en Austria apenas se encuentra ya hoy oposicion; pero en Francia y en los países que se formaron bajo su influencia, quedó sofocada con las robustas tradiciones; y así es que, en vez de una sociedad viva, compuesta de todos los individuos, solo quedó una máquina, de la cual cada hombre es una pieza pasiva.

En Francia, por un decreto de 27 de febrero de 1793, fueron condenados á las llamas todos los archivos, porque « no podían contener mas que documentos contrarios á la razon, á la humanidad y á la justicia. » En América al dia siguiente del triunfo nada se habia cambiado en las instituciones políticas, y mucho ménos en las sociales.

La historia de la revolucion de América deja el recuerdo de una empresa legal, dirigida con valor y por hombres probos, dotados de mucha fe y de voluntad. En Francia recuerda una época desastrosa cargada de delitos, de los cuales en vano la teoría quiere encontrar la excusa de la fatalidad, y de hombres que todos los sofismas no pueden quitarles el sello de execrables, y que llegaron al despotismo por medio de la anarquía.

La Revolucion francesa causó la reduccion de las fronteras, la ruina de las colonias, la destruccion de la marina mercante y de guerra, la pérdida del crédito, la decadencia de la industria y del comercio, la debilidad de viejos aliados, y el engrandecimiento de antiguos adversarios. Luego una continuacion de revoluciones, interrumpida tan solo por alguna pausa en ellas, debida al temor de otra cosa peor; y privadamente el desorden de todas las fortunas, la tímida expectativa, el cambiar fácilmente de bandera, de convicciones; y como consecuencia, el decaimiento del carácter, y el no saber soportar los males ni su remedio.

Aun hoy dia para algunos, la Revolucion francesa casi representa la venida del anticristo, mientras que otros la saludan como la aurora de la libertad política, y el desarrollo de la igualdad civil; pero lo cierto es que

algunos comentadores de las ideas de 1789 las hacen execrables con querer sacar de ella consecuencias hasta de la destruccion del orden y de la civilizacion, y de la revolucion sin límites ni reposo contra los hombres y contra Dios. En el momento en que escribo, setenta años despues de aquel gran sacudimiento social, un congreso titulado de la paz reúnese en Ginebra para pedir que se vuelva á los principios de 1789, y con todo, no existe en el dia una sola tiranía que no venga embozada con aquellas ideas, como son la persecucion del clero, la instruccion obligatoria, la omnipotencia del gobierno, la obediencia pasiva y material de los empleados, la prohibicion de reuniones y asociaciones, y tantos otros tormentos del corazon, de la boca, del bolsillo y del entendimiento que se atreven á llamar libertad.

Mirabeau dijo: « Una propiedad particular » es un bien adquirido en virtud de las leyes » Solo la ley constituye la propiedad, puesto » que no hay mas que la voluntad política que » pueda hacer la renuncia de todos, y dar un » título comun, una garantía al goce de uno » solo (1). » Así fué como este orador democrático afirmaba lo que apenas habian osado sostener los reyes mas despóticos y los parlamentos mas serviles. Igual despotismo se hallaba en la definicion de Robespierre: « La propiedad » es el derecho que tiene cada ciudadano de » gozar de aquella porcion de bienes que le está » garantida por la ley. »

¡Cuánta diferencia hay entre la fisonomía serena y firme de Washington y la deforme y colérica de Mirabeau. Aquel era un hombre honrado á toda prueba, excelente hijo, excelente marido y excelente ciudadano: con él se vive en una atmósfera tranquila de verdad y probidad. Al otro le faltan todas las cualidades del hombre honrado. Washington nos presenta una vida hermosa por su uniformidad, dominada de una sola idea, la del deber para con la patria, y á esta sacrifica sus bienes, su vida y su honor. La de Mirabeau es agitada y convulsiva, procediendo siempre, desde la edad imberbe hasta la muerte, en una curva irregular, como aquel que no lleva un punto objetivo fijo, y que no tiene la perseverancia de un buen ciudadano.

Washington era todo calma, buen sentido, rectitud y simplicidad, pero sabiendo unir la habilidad honrada á la probidad mas severa, sin que los mayores desastres le hagan nunca desesperar de su causa.

Mirabeau, su principal carácter es la audacia; todo es entusiasmo, todo impetuosidad, loco por adquirir fama, y deseoso de reparar su desgraciada reputacion, se ve obligado á condescender en muchas ocasiones, dándose el aire de guiar, sin llegar nunca á mas que á médias medidas; y entibiándose pronto en las magníficas esperanzas de regeneracion, sabe proveer

(1) *Histoire parlementaire*, t. V, pág. 325.

à sus propias necesidades en el previsto naufragio.

Cuando se estableció un *Círculo de los hombres sin Dios*, encontró que Dios no es ménos necesario à los hombres que à la libertad. Acostumbrado al lenguaje amenazador é incendiario de la libertad, tal vez se abandona à espléndidas inexperiencias; pero nunca sabe elegir el lado generoso de la cuestion. Washington era de carácter caballeresco; sabía calcular y quería obtener la certidumbre del éxito antes de emprender nada, uniendo de esta manera aquel impetu generoso con el cual se llevan à cabo grandes cosas à la serenidad y firmeza de propósito que las hace duraderas.

Verdad es que Washington dirigia los Americanos, acostumbrados à gobernarse ellos mismos; mientras que Mirabeau hallábase en manos de los Franceses, habituados à dejar que hiciesen y pensasen por ellos el rey, los ministros, y hasta los filósofos.

Mirabeau fué insigne por su elocuencia; Washington carecia de ella completamente: pero aquel se perdía en teorías que llegaban en ocasiones hasta ser de mala índole; este se atenia escrupulosamente à la práctica. Mientras que Mirabeau se dejaba llevar por el torrente de su palabra y el calor de sus discursos hasta parecer algunas veces ebrio de su misma elocuencia, Washington quería que el parlamento fuese libre y estuviese à cubierto de la opresion de la turba, y de la tiranía de las galerías, practicando él lo que aconsejaba à uno de sus sobrinos: « El único consejo que os doy, si deseáis que la cámara os oiga, es de hablar » rara vez, y esto solo sobre negocios importantes y que interesen especialmente à vuestros comitentes. Procurad persuadirlos bien » del asunto que tratéis; no os acaloréis mas » de lo necesario, y presentad vuestras opiniones con modestia y desconfianza, pues un » tono imperioso ofende y alejará de vos los » hombres. »

Hasta Mirabeau que hablaba al pueblo y del pueblo, decia: « Siempre he creido que entre el rey y el parlamento existia aquel partidillo oscuro que se llama la nacion, al que deberían pertenecer las personas de sentido recto y buena fe. » Pero este grande orador, por nacion entendia la turba, à la cual nunca supo negar la adulacion y condescendencia. Washington siempre defendió la justicia y la libertad contra los caprichos de la plebe y las demostraciones soldadescas.

Ni uno ni otro pensaron nunca en la soberanía del pueblo. Este es un principio incontestable, pero tan abstracto como el contrato social, y hasta ahora no se ha hecho ver de qué modo pueda expresarse y aplicarse. Es un principio verdadero, si se entiende que toda autoridad ha sido instituida en interes de todos; que ninguno debe ser sacrificado à los demas, à ménos que no sea con justicia; que ningun poder puede imponer à los ciudadanos sino los

deberes prescritos por el bien público. Mas al entender una soberanía absoluta, dispensada de ejercer la razon y la justicia, es blasfemar, ora se aplique al pueblo, ó à un monarca. Además, el gobierno debe representar, no la multitud, porque así no haria mas que volver otra vez al derecho de la fuerza, sino los derechos de la multitud (1).

Mirabeau era admirador de Washington, pero decia que si hubiera estado en su lugar, una vez hecha la revolucion, hubiese reunido todos los aventureros que quisiesen seguirle, lanzándose con ellos à conquistar la América española. Tanto se sentia incapaz del *otium cum dignitate* de Washington.

En vez de esto, este en su lugar, cuando el ejército, cansado de la charlatanería del parlamento, le ofreció la dictadura, no tan solo no quiso aceptarla, sino que lo desaprobó por medio de un severo discurso, aconsejando à la tropa à permanecer unida: acto digno de un hombre grande, que solo miraba por el bien de su país, prefiriendo ser ciudadano à todos los mas elevados puestos.

Los dos fueron violentamente atacados por los periódicos, enemigos encarnizados é inevitables de cualquiera que se eleva sobre el nivel comun; ambos lo sintieron y se quejaron, el uno amargamente, el otro con violencia; pero Washington no eligió aquel cargo, ni medró con él; mientras que Mirabeau cogía lo que habia sembrado.

À Mirabeau faltáronle siempre la estima y el respeto; Washington siempre estuvo rodeado de ellos.

Mirabeau, afanándose en vano para hacerse una posicion, muere teatralmente, y como dijo el obispo de Autun, dramatizó su muerte.

Washington, elegido sin rivales, y reconocido por todos los Estados Unidos, tiene la confianza entera del país, y la conserva hasta el fin. Llegado à la presidencia en el mismo año en que estallaba la Revolucion francesa, no tiene otra distincion que la franquicia postal; lleva las cuentas de su propia mano, y en ocho años de guerra solo gasta 360,000 francos, de los cuales da cuenta exacta, salvo de cincuenta mil destinados à los fondos secretos. Sin haberse apropiado un solo centavo de los intereses públicos, retirase à su hacienda, de la que saca tanta riqueza como benevolencia tenia, y muere en ella tranquilo, satisfecho, sin ruido, sin aparato y cristianamente.

(1) Harrington, uno de aquellos niveladores masre sueltos, no respeta, en su *Oceanía*, ni instituciones, ni costumbres, ni preocupaciones, sino que hace mutilar legalmente la propiedad, somete el poder à una votacion continua, y con todo eso cree que, desde Moisés acá, no se ha fundado ninguna república sino por un noble. El genio de la poesía, de la legislación, de las artes y de las letras, entra muy bien en cualquiera condicion social; pero la política pertenece exclusivamente al hombre hidalgo. Tan imposible es imaginarse un ejército de soldados sin oficiales, ó de oficiales sin soldados, como una república de pueblo sin nobles, ó de nobles sin pueblo.

Mirabeau fué un hombre extraordinario, pero no grande, porque faltábale lo mas esencial, que es la cualidad de honrado.

Washington es el hombre que mejor ha comprendido la libertad en los tiempos modernos; pues no basta tener el sentimiento y la aspiracion de las virtudes, sino que se necesita saber aplicarlas con conocimiento y mesura; es preciso poseer aquel orden que es el tipo genuino ofrecido à nuestra inteligencia por el Criador en sus obras, y solo con ese sentimiento de orden y la práctica de los deberes que de él derivan, puede el hombre reconocer su camino y llegar à su destino.

Talleyrand dijo que la Revolucion francesa habia querido destruirlo todo y rehacerlo todo. Proudhon asegura que todo lo destruyó y no rehizo nada. Que los Estados Unidos no pueden durar, lo repiten aquellos que pretenden profetizar lo que sucederá en el siglo futuro, mientras que no saben siquiera lo que durará el presente ministerio, qué será de la Francia si cae Napoleon, ó de Roma si muere el Papa. Lo que nosotros comprendemos es cuanto mas fácil sea incontestablemente ser Mirabeau que Washington, Robespierre que Napoleon, Cavour que Peel; y el echar abajo seis tronos, como se glorian y se alaban los revolucionarios de

nuestros dias, que constituir un solo Estado duradero, basado en principios tutelares, llevado à cabo por medio de ellos, en vez de valerse de aquel espíritu subversivo é inmoral que es tan ruinoso para los edificios que levanta como para los que destruye.

Y en la actual idolatría del becerro de oro, en esta charlatanería de hechos consumados, en esta pasion por cañones rayados y fusiles de aguja, en este zumbido continuo de nuevo derecho, si nos place ver una similitud, una comparacion entre Washington y nuestro Pascual Paoli, que con igual desinterés, pero con diferente fortuna, sostuvo la independencia de Córcega, mucho nos lamentamos y nos duele que, entre tantos Desmoulins que hizo brotar y salir à luz nuestra decantada Revolucion, no aparezca, no diremos un Washington, pero ni siquiera un Mirabeau. Y mientras que no se presentan para estos su Tácito ó su Tassoni me parece y espero que el espectáculo de los dos caudillos de dos revoluciones diferentes no será inútil à mis conciudadanos, en los esfuerzos que, con idéntico fin, hacen todos los hombres buenos para distinguir la verdadera libertad, alcanzarla y conservarla, à pesar de aquellos que la desfiguran en el hecho y la desnaturalizan en las consecuencias.